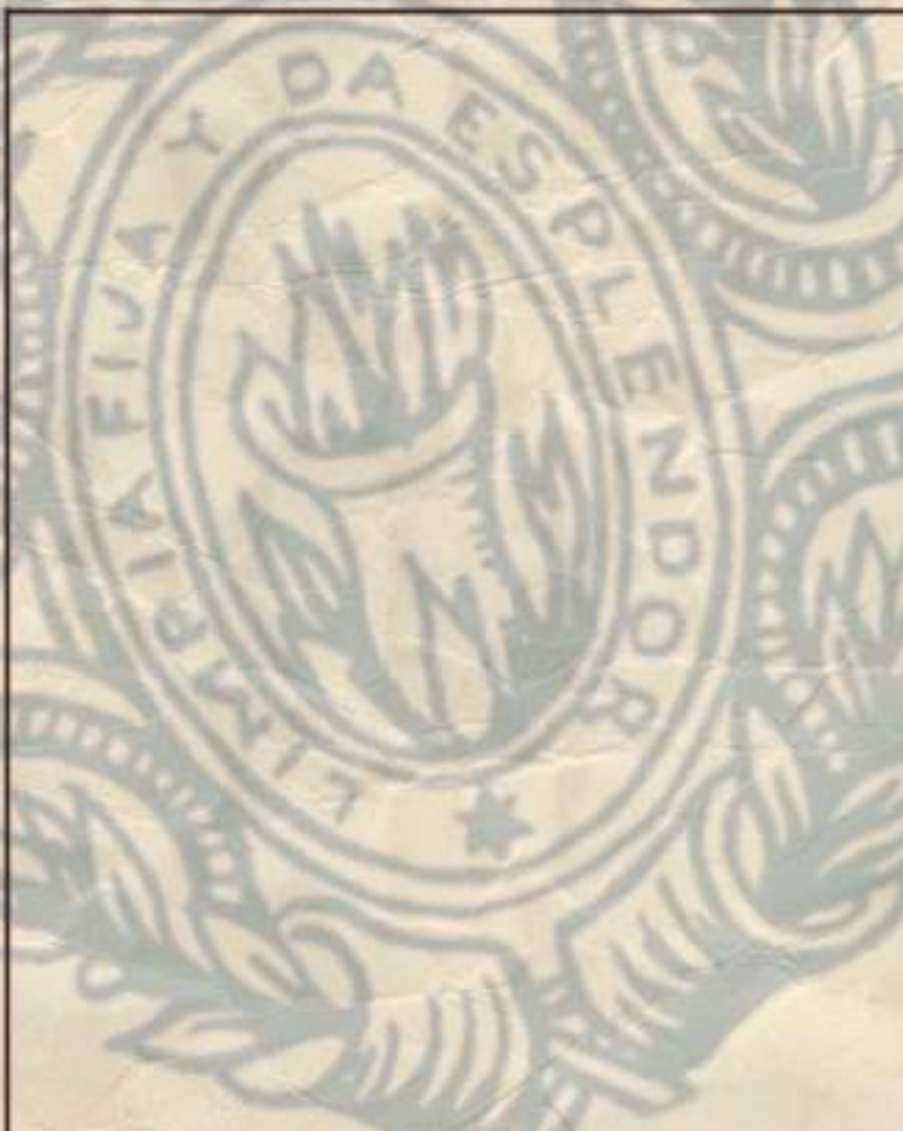


El habla de un bravo del siglo XVII

DISCURSO DE ENTRADA EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Arturo Pérez-Reverte



Discurso de entrada de D. Arturo Pérez-Reverte en la Real Academia Española, leído el 12 de junio de 2003, así como la contestación de D. Gregorio Salvador

En sus propias palabras «trata del habla de un delincuente, de un bravo. Un valentón, en este caso, de los que en el Siglo de Oro vivían mitad de las mujeres, mitad de alquilar su espada, o su cuchillo: un rufián, o jaque. Han transcurrido cuatro siglos, y esa jerga del hampa, riquísima, barroca, salpicada de rezos y blasfemias, no está muerta ni es una curiosidad filológica... Además de su influencia en el español que hablamos hoy, la germanía del XVI y XVII es un deleite de ingenio y una fuente inagotable de posibilidades expresivas... Con esa habla quiero contarles una historia... Tal es el privilegio del escritor de ficción que maneja una lengua tan hermosa como la nuestra. Con esa lengua (y esto no es en absoluto una obviedad) he construido este discurso.»

Señores Académicos:

Estar aquí esta tarde es favor altísimo y honra siempre codiciada, en palabras que son venerables en este recinto. Aunque ese favor y esa honra yo no los hubiera codiciado nunca, ni los imaginara siquiera, hasta que ilustres miembros de esta institución, a la mayor parte de los cuales no conocía sino por su prestigio, trabajo y magisterio, me hicieron el inmenso honor de proponer mi nombre para ocupar el sillón de la letra T.

Eso me ha colocado en una doble incomodidad. Primero, por encontrarme hoy aquí, en lugar de otros escritores cuyo trabajo admiro y respeto. Y también porque quien me precedió en el sillón que hoy ocupo fue el profesor don Manuel Alvar. Cualquier orgullo o satisfacción que yo pueda sentir por hallarme aquí se temple y hace modesto ante su obra y su recuerdo.

Con profundo respeto y agradecimiento, como escritor que trabaja con la lengua española que el profesor Alvar tanto amó, tengo que recordar a mi insigne predecesor en este sillón que me dispongo a ocupar. Y por si no bastara el inmenso caudal de su obra, y mi deuda (nuestra deuda) con ella, tengo el privilegio de que algunos de sus discípulos, de esas decenas de miles que tiene repartidos por el mundo de habla hispana, sean mis amigos; y en boca de ellos obtuve hace tiempo la costumbre de pronunciar siempre el nombre de don Manuel Alvar con veneración absoluta. Es difícil contar todo lo que hizo. Sería más fácil hacer recuen-

to de lo que no hizo, al mencionar la obra de este pionero en la globalización de la filología española. Doctor honoris causa de 25 universidades, adelantado en el estudio del español del sur de los Estados Unidos y en el análisis de la sociolingüística al estudiar el español de las Canarias, el hondo saber de aquel maestro indiscutible de la dialectología española abarcó historia de la lengua, sociolingüística, toponimia, literatura contemporánea, literatura medieval, cronistas de Indias, fonética, poesía popular, lengua y literatura sefardí, y culminó en la titánica obra de los atlas lingüísticos, donde trazó la casi totalidad de la geografía del español; con especial atención a esa América que, en sus propias palabras, fue su ventana, desde el norte del río Bravo hasta la Tierra del Fuego, desde Puerto Rico hasta Ecuador. Y entre sus 40.000 páginas escritas y 859 títulos publicados, dos de esos títulos pueden considerarse un manifiesto oportunísimo para estos tiempos y esta Casa: *Variedad y unidad del español* y *La lengua como libertad*.

Con esa lengua hermosa y libre a la que el profesor Alvar dedicó su vida entera, trabajo como escritor, como novelista, desde hace diecisiete años. Por eso hoy elijo un asunto que me es querido y familiar, desde que en 1995 empecé una serie de novelas históricas ambientadas en el siglo XVII, con intención de explicar, a la generación de mi hija, la España en la que hoy vivimos. Somos lo que somos porque, para bien o para mal (a menudo más para mal que para bien), fuimos lo que fuimos. En ese intento por recuperar una memoria ofuscada por la demagogia, la simpleza y la ignorancia, elegí como protagonista a un soldado veterano de Flandes que malvive alquilando su espada. El trabajo de ambientación histórica y el necesario rigor del lenguaje me llevaron a adentrarme, también, por los vericuetos fascinantes del habla de germanía: esa lengua marginal, paralela a la general y en continua interacción con ella, que ha evolucionado con el tiempo para conservar su utilidad hermética; y que hoy es lo que algunos llamamos golfaray:

el argot de los delincuentes y de las cárceles. Pues, como ya apuntaban las jácaras del siglo XVI:

*Habla nueva germanía
porque no sea descornado;
que la otra era muy vieja
y la entrevan los villanos* ^[1].

Con cuatro novelas de esa serie escritas y con una quinta a punto de acabar, el asunto me resulta cercano. Por eso decidí que mi discurso de entrada en la Real Academia Española trataría del habla de un delincuente, de un bravo. Un valentón, en este caso, de los que en el Siglo de Oro vivían mitad de las mujeres, mitad de alquilar su espada, o su cuchillo: un rufián, o jaque. El habla de esa gente quedó recogida en una abundante literatura contemporánea, incluidas brillantes páginas realistas de los más grandes autores de aquel tiempo; no en vano por la cárcel de Sevilla, por citar sólo una, pasaron Mateo Alemán y Miguel de Cervantes (nada tiene que ver el idealismo con lo que se decía en el patio de Monipodio). Han transcurrido cuatro siglos, y esa jerga del hampa, riquísima, barroca, salpicada de rezos y blasfemias, no está muerta ni es una curiosidad filológica. Además de su influencia en el español que hablamos hoy, la germanía del XVI y XVII es un deleite de ingenio y una fuente inagotable de posibilidades expresivas. A menudo recurro a ella en mis novelas sobre el Siglo de Oro español, y les aseguro (o son mis lectores quienes lo hacen) que, debidamente contextualizada, todavía funciona. Para demostrarlo, con esa habla quiero contarles una historia. En parte me beneficio del trabajo de otros: profesores y estudiosos, algunos de los cuales se sientan en esta Real Academia. En el resto, de mis lecturas. En todo caso, he querido utilizar para este discurso de ingreso mi propia biblioteca: los libros con los que documenté las novelas del capitán Alatriste. Por eso esto debe considerarse no una pretensión de fi-

lólogo o lexicógrafo, sino una aproximación como lector. Como lector, insisto, que accidentalmente escribe novelas. Como corsario ante un rico botín que saqueo sin escrúpulos, a fin de narrar con la mayor eficacia posible. Tal es el privilegio del escritor de ficción que maneja una lengua tan hermosa como la nuestra. Con esa lengua (y esto no es en absoluto una obviedad) he construido este discurso.

EL HABLA DE UN BRAVO DEL SIGLO XVII

El bravo, el valentón, se levanta tarde. La noche, que él llama sorna, es su territorio; y a veces, para su gusto y oficio, algunas clareas (algunos días) tienen demasiada luz. Ya empieza a bajar el sol sobre los tejados de la ancha, la ciudad (que en este caso es Madrid), cuando nuestro hombre se echa fuera de la piltra, carraspeando para aclararse la gorja. Se le nota en la cara, que él llama sobrescrito, en lo desordenado de los bigotes y en los ojos inyectados en sangre, que anoche y hasta de madrugada dio a la bufia y besó el jarro más de lo prudente, que el sueño ha sido escaso, y que la borrachera, la zorra, aún está a medio desollar. Era de lo fino, por supuesto. De lo caro. Y de remate, para terminar de cargar delantero, otro vino dulce como alquitara de monja moza, y espeso como sangre de Cristo. El caso es que nuestro jaque se lava un poco, y tras mirarse en el azogue la zanja que le santigua la cara (recuerdo de una cuchillada, o jiferazo, de seis puntos, porque a veces es uno quien madruga, y otras veces nos madrugan otros), se compone con parsimonia los bigotes, que son fieros, de guardamano, apuntándole mucho a los ojos. Que entre la gente de la carda, o de la hoja, la valentía se estima según el tamaño de los bigotes, la barba de gancho y el mirar zaino, valiente, de quien es (o parece) capaz de reñir con el Dios

que lo engendró. Pues él es uno de esos de quienes dice la jácara:

*En ese mar de la Corte
donde todo el mundo campa,
toda engañaifa se entrucha
y toda moneda pasa;
donde sin ser conocidos
tantos jayanes del hampa
tiran gajes, censos cobran
de las izas y las marcas;
donde, haciendo punto de honra
esto de la vida ancha,
andan como cazadores
viviendo de lo que matan [2].*

Se viste nuestro bravo, tintineándole al cuello el crucifijo de plata y las medallas de santos (que en la España del rey católico, paladín de la verdadera religión, una cosa no quita la otra). En lo terrenal, lo suyo no es indumento de lindo, sino propio de la jacarandaina. Un poco a lo soldado, pese a no haberlo sido nunca. A él, las guerras de Flandes y de Italia le pillan demasiado lejos, y es de los que dirían, en palabras de Lope:

*Bien mirado, ¿qué me han hecho
los luteranos a mí?
Jesucristo los crió,
y puede, por varios modos,
si ÉL quiere, acabar con todos
mucho más fácil que yo [3].*

El caso es que se viste, como decía, con aires de milite, cosa a menudo propia de la gente de la hojarasca. Aunque no haya oído en su vida zurrar de veras un arcabuzazo, y al turco y al luterano no los conozca sino de los corrales de

comedias, él y sus compadres suelen dárselas de veteranos de los tercios o de las galeras del rey. Y alguno lo es, en efecto; pero no de tragafuegos de cubierta, sino como bogavante en gurapas: como galeote. El caso es que el valentón se pone la camisa, que no es lo que en jerga de su oficio llaman una cairelota, una camisa elegante, sino una lima sencilla, y no muy limpia (nuestro jaque ignora, por supuesto, que esta palabra, lima por camisa, como varias de su parla, seguirá utilizándose en el golfaray que hablarán los delincuentes del siglo XXI; habiéndose perdido, sin embargo, otras variantes como alcandora, amiga, carona, hermana, prima y certa, o serto). Se pone luego el bravo los alares (palabra que también ha llegado hasta la jerga rufianesca de nuestro tiempo), que en el siglo XVII no se llaman todavía pantalones, sino calzones: gregüescos, en este caso, más modernos que las calzas a las que, en tiempos de su padre y su abuelo, los hampones honraban con los nombres germanes de leonas o follososas. Enfunda luego las gambas en las cáscaras, las medias, y después se calza lo que algunos germanes llaman duros, o pisantes, pero que él prefiere denominar calcos, tal vez porque le suena (y así es, aunque él no lo sabe) palabra más culta e hidalga (otra, por cierto, que llegará también hasta nuestros días), y porque el acto de poner pies en polvorosa, propio de su oficio sobre todo cuando asoma gurullada de alguaciles y corchetes, suena más digno cuando se lo define con la palabra calcorrear. Pues los hombres de hígados como nuestro bravo no se van, sino que se alonan. No corren, sino calcorean. Nunca huyen, sino que se trasponen, se alargan, redoblan, las afufan o se van al ángel. Sin olvidar la expresión más común en el ambiente: peñas y buen tiempo.

*Y viendo que a la Justicia
quien no temerla codicia
ni noble ni cuerdo es,
volví la espalda, y huyendo*

en vuestra casa me entré [4].

Completa nuestro bravo su indumento con unas grullas o polainas sobre los calcos, que abotona con parsimonia, y luego busca la carlanca: un cuello de camisa con pretensiones de valona, usado de tres días y almidonado de grasa, pero no hay otro. Después se pone el apretado, o jubón. Por su oficio debería cubrirse el torso con un colete de ante o de cuero, como de soldado, o mejor con un jaco o cota de malla, también llamada once mil o cofradía; pero las premáticas del rey nuestro señor lo prohíben para el callejeo. De manera que se conforma con lo que él llama un co-tón doble: un jubón forrado de estopilla, con más remiendos que el parche de un tambor en Flandes, y que a un arrojado de braveza siempre lo ayuda algo cuando granizan cuchilladas. Así vestido, el valentón mete en la sacocha de la goda (así llama al bolsillo de la derecha) la bolsa, en germanía cuadrada o cigarra, que tras el apiorno de anoche anda ligera, cargada sólo con unos pocos charneles. Y en el puño del jubón, sobre la cerra lerda (la mano izquierda), introduce un mocante de lienzo fino, primorosamente bordado por su marca, su hembra, una bachillera del abrocho que es anzuelo de su bolsa en una manfla (una mancebía) de la calle de la Comadre. Pues nuestro bravo puede responder, como el soldado de la comedia lopesca, en Zalamea:

*-Me parece
que no es mujer para mí.
-Pues para mí, señor, sí,
cualquiera que se me ofrece* [5].

Después mira por la ventana. El tiempo no es malo; pero a la noche, refresca. Mejor capa que herreruelo. Descarta, pues, el bonito y recurre a la abuela, también llamada red, o pelosa. Antes de ponérsela sobre los hombros, por

supuesto, nuestro rufo se ciñe los instrumentos propios de su oficio: tachonado de cuero, que así llama él al cinto, con espada, o mejor toledana, de cazoleta y grandes gavilanes, larga de seis o siete jemes, casi palmos, a la que él gusta llamar centella y a veces durindana: esto último porque, aunque apenas sabe escribir (y se le da una higa, porque en España nunca fue de hidalgos leer ni hacer buena letra), nuestro bravonel posee una cultura elemental, popular, procedente de los corrales de comedias, las jácaras y los romances oídos en los mentideros, en las tabernas y en las plazas. Como una de sus loas favoritas, la de la Espada, que se sabe de memoria:

*No estoy solo, pues me guarda
esta espada que me ciño.
El que la lleva a su lado
lleva cruz, defensa, amigo,
valor, adorno, nobleza,
honra, desenfado, aviso* [6].

Aunque en realidad su gusto tiende más al lenguaje de la jacaranda, que es su garla, y en la que se encuentra más a sus anchas cuando oye eso de:

*A la capa llama nube,
dice al sombrero tejado,
respeto llama a la espada,
que por ella es respetado* [7].

O lo de:

*Mató a su padre y su madre
y un hermanito el mayor;
dos hermanas que tenía
puso al oficio trotón* [8].

En fin. Por aquello de que para ir artillado más vale que sobre y no que falte, completa nuestro bravo el equipo con una ganchosa vizcaína: una daga de ganchos, atravesada en los riñones y al alcance de la zurda, lista para salir como un relámpago. Que, en el oficio de valentía, hombre precavido mata por dos, o por siete; y en materia de madrugarle al prójimo siempre valió más una hora antes que un minuto después. Pues nuestro bravote es de aquellos a quienes hacía decir Calderón:

*¿Y cuántos hombres son estos
que he de matar? Porque vaya,
con que si no son cincuenta,
con menos no hacemos nada* [9].

Y como en materia de precauciones nunca hay nada superfluo, también esconde en la caña de la grulla goda, o polaina derecha, lo que nosotros llamaríamos cuchillo, pero que él prefiere llamar desmallador: cachas amarillas, corto y de filo bien amolado (pieza clave, ésta, en la panoplia de cualquier alentado que se precie, y que se conoce también, en el oficio, por los elocuentes nombres de filosillo, secreto, agujón, barahustador y enano). Así equipado, nuestro rufián requiere el gavión o chapeo, el sombrero, que él prefiere llamar tejado, y que es de mucha falda, con toquilla y pluma. Se lo arrisca a lo bravonel y sale a la calle con mucho ruido del hierro que carga encima y el andar arrufaldado y zambo (nosotros diríamos chulesco) de los valientes:

*Rebosando valentía
entró Santurde el de Ocaña;
zaino viene de bigotes
y atraidorado de barba.
Un locutorio de monjas
es guarnición de la daga,
que en puribus trae al lado*

con más hierro que Vizcaya ^[10].

Cruza la plaza procurando no pisar los cagajones de las caballerías, y su ojo avisado advierte los trajines de la vida que late alrededor. El sitio es de posadas: bullen foranos, buscavidas, daifas de medio manto, acechonas encubiertas que traen dueñas para florear a incautos, ociosos y mendigos, o capachas, con mutilaciones reales o fingidas que, de creerlos, estuvieron en Amberes, en Nieuport y hasta en Lepanto, y que andan a la bravia pidiendo limosna de la manera que suelen los mendigos españoles: con muchos fieros y palabras arrogantes, como si el sonante se les debiera por derecho, y la única forma de disculparse con ellos fuese decir: «perdóneme vuesamerced, pero hoy no llevo dineros». Que en España, hasta los mendigos dicen aquello de:

*Entre nobles no me encojo;
que, según dice la ley,
si es de buena sangre el rey
es de tan buena su piojo* ^[11].

Más allá, a la puerta de una bayuca, entre las mesas con jarras de vino, un anciano de pelo blanco y aspecto hidalgo pide por la doncella (un timo tan frecuente en la época como todavía en nuestro tiempo el tocomocho) a la busca de un palomo al que sangrar la bolsa de dineros, o armas reales. También los de la cofradía del agarro hacen su vendimia: bruhadores y peinabolsas se dan en gavilla:

*Murciélagos de la garra,
avechuchos de la sombra,
pasteles en recoger
por todo el reino la mosca* ^[12].

Muchas del centenar largo de variantes que en germanía del XVII debe de tener la palabra ladrón según las di-

versas especialidades (de puta habrá más de ochenta) se dan en la ciudad, en este cuartel y en esta plaza: bailes, caleteros, cicarazates, comadreas, apóstoles, picadores (que perviven hoy en la palabra piqueros, o carteristas), lechuzas, cachucheros, alcatíferos, golleros, sanos de Castilla, farabustes, ciquiribailes, buzos, cherinolos, doctores del arañón, murcios, filateros, águilas de flores llanas. Incluida, entre muchas otras, una que todavía se usa: juanero. Ladrón especializado en aliviar de peso, hoy euros como antaño maravedises, los juanes, o juanillos: los cepillos de las iglesias.

*Con el fieltro hasta los ojos,
con el vino hasta la boca
y el tabaco hasta el galillo,
pardo albañal de la cholla,
columpiando la estatura
y meciendo la persona,
Zampayo entró, el de Jerez,
en casa Maripilonga ^[13].*

Llega así el bravo hasta una taberna, la que más frecuencia porque el vino es turco (no ha sido bautizado con agua) y porque tiene puerta trasera por donde guiñarse o alargarse si a los vellerifes del Sepan Cuántos, o sea, los alguaciles y corchetes de la Justicia (los acerradores o alfileres de la gura), se les ocurre caer por allí con intención de hospedar por cuenta del rey a algún parroquiano. Entra el rufo en la bayuca retorciéndose los bigotes, el aire peligroso y de muchos fieros, poniendo el baldeo en gavia, o sea, apoyando la mano en el pomo de la espada para que ésta le levante la capa por detrás, a lo bravo. Dándose además mucho toldo, porque nuestro hombre gusta, como todos sus camaradas de la carda (y como todos los españoles en general), de apellidarse hijodalgo, muy Mendoza y Guzmán y cristiano viejo por línea directa de los godos. Que en

nuestro siglo XVII (y la cosa estuvo lejos de terminar ahí) hasta los sastres y los zapateros se colgaban espada y eran don Fulano y don Mengano.

*Mándame quemar por puto
si no valiere un millón,
imponiendo en cada Don
una blanca de tributo* ^[14].

Lo que tampoco se resume mal en aquellos otros versos lopescos que no han perdido, por cierto, su vigor ni su sentido en cuatro siglos:

*¡Oh, españoles fanfarrones,
todos voces y palabras!
Nidos sois de la soberbia,
allí le nacen las alas* ^[15].

Pero volvamos al bravonel. Por muchos dones y fieros que se ponga, nuestro jayán es alfarachado de cuna, tinto en lana y de Lavapiés; barrio que con La Heria de Sevilla, el patio de los Naranjos y el corral de los Olmos de esa misma ciudad, el Potro de Córdoba y los Percheles de Málaga, entre otros sitios ilustres, ha dado a España y al mundo lo mejor de cada casa en los siglos XVI y XVII: la nata de la chanfaina. Es de los que tienen a honra decir, y dice:

*Y más que ya probé el Potro,
comí chufas en Valencia,
y en el corral de los Olmos
aprendí chanzas y levas* ^[16].

O de esos cuya biografía es honrada con versos como estos otros:

*Nació en Córdoba la llana
de un ventor y una gitana;*